

# Costo de la vida en alza

En los últimos meses, las familias de la Región del Maule y todo Chile, han debido enfrentar un escenario económico cada vez más desafiante. Las alzas en las cuentas de la luz, los combustibles y productos básicos están golpeando con fuerza los presupuestos de los hogares, en especial de aquellos más vulnerables. Los reclamos de la ciudadanía no son un simple desahogo: son el reflejo de una realidad asfixiante que amenaza con profundizar la desigualdad y el malestar social.

El reciente anuncio del incremento en las tarifas eléctricas, junto con el constante aumento de los combustibles -que impacta directamente en el precio del transporte y de los alimentos-, constituye un duro golpe para el bolsillo de miles de maulinos. A esto se suman las alzas en otros productos esenciales como el gas, el pan y las verduras, lo que termina por encarecer el costo de la vida de manera generalizada.

El problema no es solo económico; es también social y ético. ¿Cómo exigirle a una familia que haga “un esfuerzo más”, cuando ya ha debido ajustar al límite sus gastos? ¿Cómo pedir paciencia cuando las alzas no se traducen en mejoras tangibles en los servicios que reciben?

Y si a esto le agregamos que los sueldos no suben y la desocupación femenina superó por primera vez en cuatro años el 10%. La preocupación de las personas es completamente entendible.

La voz de la gente, que reclama en las calles, en redes sociales y en reuniones comunitarias, nos interpela como sociedad y exige respuestas concretas.

Frente a este escenario, es imperativo que las autoridades actúen con urgencia y responsabilidad. Se necesitan medidas que permitan mitigar el impacto de estas alzas: subsidios focalizados, revisión de las estructuras tarifarias, apoyo a las pymes regionales y un plan real, para fomentar las energías renovables y reducir la dependencia de los combustibles fósiles. Además, es clave que se refuerce la fiscalización para evitar abusos en la cadena de distribución de productos básicos.

La Región del Maule es tierra de esfuerzo y resiliencia, pero no podemos permitir que ese espíritu se desgaste bajo el peso de una economía que no escucha ni protege a su gente. Es hora de que el costo de la vida deje de ser un muro, que separa las promesas de desarrollo de la realidad de nuestras familias. La dignidad y el bienestar de los maulinos no pueden seguir siendo variables de ajuste.